

Alberto Aza

Opinión

Finanzas a un clic: educar a los jóvenes para decidir mejor

► La llegada de las redes sociales hace necesario llevar la educación económica a las aulas

Esta semana se ha celebrado una nueva edición del Día de la Educación Financiera, una ocasión para reflexionar sobre nuestra preparación colectiva para tomar decisiones financieras responsables e informadas. Y los datos muestran que todavía tenemos un amplio margen de mejora. Las distintas encuestas sobre competencias financieras sitúan a España claramente por debajo de la media europea, ocupando el cuarto lugar por la cola según el último eurobarómetro de 2023. Los jóvenes junto con las personas mayores son los grupos de edad que tienen mayores carencias.

Es cierto que la necesidad de prestar atención a la educación financiera de los jóvenes no es algo nuevo. Ahora bien, lo que sí ha cambiado en los últimos años es el mundo en el que los jóvenes comienzan a relacionarse con el dinero. Un entorno económico más incierto y una transformación digital vertiginosa están planteando, sin duda, nuevos desafíos para su educación financiera y la gestión adecuada de su economía personal.

Desde la pandemia, los jóvenes han tenido que desenvolverse en un escenario marcado por la inestabilidad económica, la inflación y la pérdida progresiva de poder adquisitivo. A ello se suman problemas de carácter más estructural, como unos salarios bajos, la precariedad laboral o las dificultades de acceso a la vivienda. Todo ello está restringiendo significativamente su margen de maniobra financiero y sus posibilidades de construir un proyecto de vida autónomo.

La educación financiera, obviamente, no puede resolver por sí misma estos problemas. Pero sí puede ayudar a afrontarlos mejor. Saber elaborar un presupuesto, entender las implicaciones de endeudarse, o comprender la importancia de planificar a largo plazo adquiere mayor relevancia precisamente cuando los recursos son limitados.

Al mismo tiempo, nunca había resultado tan sencillo para los jóvenes acceder a productos financieros. Hoy al alcance de un clic pueden abrir una cuenta corriente, contratar una tarjeta de crédito, o invertir prácticamente en cualquier mercado o activo. Basta con fijarse en quién invierte en criptomonedas: son claramente los jóvenes duplicando holgadamente la media de la población. Esta extraordinaria democratización del acceso a las finanzas representa un enorme avance, pero también eleva las exigencias en términos de cultura financiera porque cuanto más fácil resulta contratar un producto, más importante es disponer de los conocimientos necesarios para valorar sus implicaciones.

Algo parecido sucede con la información financiera. Los jóvenes disponen hoy de una cantidad prácticamente ilimitada de contenidos en internet, muchos de ellos a través

de las redes sociales. Las finanzas, en gran medida han dejado de ser un territorio reservado a especialistas y se han incorporado frecuentemente en la conversación cotidiana de los jóvenes, aunque, en muchos casos cabría preguntarse con qué criterio. Porque sin duda es una buena noticia que las redes ayuden a ampliar conocimientos, pero en el nuevo ecosistema digital también se difuminan las fronteras entre información, recomendación, publicidad y mentiras. Las advertencias reiteradas del Banco de España y la CNMV sobre el riesgo de los influencers financieros o el auge de las ciberestafas de inversión que prometen rentabilidades extraordinarias dan fe de ello.

Por eso, quizás uno de los grandes desafíos de la educación financiera ya no sea únicamente transmitir conocimientos y proporcionar herramientas, sino también ayudar a desarrollar un criterio propio que permita desenvolverse con mayor seguridad entre una oferta creciente de productos, información y recomendaciones financieras.

Para desarrollar ese criterio hacen falta

también unas competencias básicas sólidas, entre estas, las Matemáticas y la comprensión lectora, ambas estrechamente relacionadas con la capacidad financiera. PISA 2022 mostró que el 76% de las diferencias en el rendimiento financiero de los estudiantes puede explicarse por su desempeño en matemáticas y lectura. Y los resultados del último informe publicados este mismo año no son muy alentadores en estas materias, que se han hundido a mínimos históricos. Difícilmente podemos comprender correctamente un crédito o comparar dos productos si tenemos problemas para interpretar un porcentaje o un texto complejo.

Pero, el papel de la escuela debería ir más allá e incorporar la educación financiera como asignatura obligatoria en los colegios. Resulta como poco sorprendente que no se eleve esta disciplina a la categoría de competencia básica al igual que las Matemáticas o la comprensión lectora. Hasta qué punto resulta más útil para desenvolverse en la vida saber resolver una ecuación de segundo grado que entender qué es el interés compues-

to. La pregunta no es trivial, sobre todo cuando hay evidencia empírica que demuestra que recibir educación financiera desde edades tempranas se traduce posteriormente en adultos que ahorran más y que han sido capaces de preparar mejor su jubilación. Además, incorporar esta asignatura a la formación reglada permitiría garantizar que todos los jóvenes accedan a unos conocimientos básicos, con independencia de lo que hayan podido aprender en su entorno familiar.

Porque la familia continúa siendo la principal escuela financiera. Según una encuesta de Fincas, el 74% de los jóvenes españoles afirma que es en casa donde más han aprendido sobre el manejo del dinero.

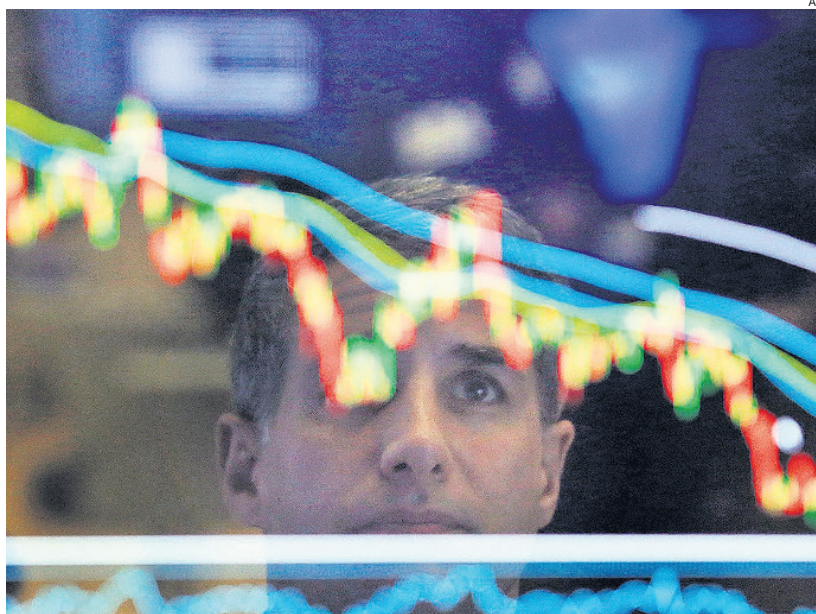
Hablar de dinero en familia, aprender a administrar una paga o entender en qué momento podemos permitirnos comprar algo son experiencias enormemente valiosas. Pero existe una limitación evidente porque no todas las familias tienen los mismos conocimientos, ni las mismas experiencias o recursos. Esto a la larga acaba además ensanchando la brecha entre los jóvenes que crecen en hogares con una mayor cultura financiera y los que tienen menos.

Dejar a las familias que carguen con el peso de formar a sus hijos financieramente no puede ser por tanto la solución. De ahí que mejorar la educación financiera de las nuevas generaciones requiera un esfuerzo compartido entre los actores públicos y privados que pueden contribuir a extender el conocimiento financiero. El Plan Nacional de Educación Financiera impulsado por las autoridades españolas y en la que las entidades financieras juegan un papel destacado muestra precisamente la importancia de sumar capacidades y coordinar esfuerzos.

Y si todas estas iniciativas público-privadas tienen que contribuir a mejorar la cultura financiera de los jóvenes, tendrán que llegar allí donde se informan, se comunican y se relacionan, es decir, el entorno digital. Por tanto, es esencial utilizar el potencial indiscutible de las nuevas tecnologías para formar a esta generación utilizando su lenguaje y sus códigos, pero sin renunciar al rigor y profundidad de los contenidos.

En definitiva, mejorar hoy la educación financiera de los jóvenes significa ayudarles a tomar decisiones informadas en un entorno que está transformando profundamente su relación con el dinero. Para el sociólogo Hartmut Rosa uno de los rasgos de nuestro tiempo es la aceleración del cambio y cómo esta reduce el período durante el cual los conocimientos adquiridos nos sirven para desenvolvernó en el mundo. La educación financiera no puede ser ajena a esta realidad. El reto es conseguir que la forma en que aprendemos a gestionar nuestro dinero evolucione al mismo ritmo que nuestra manera de relacionarnos con él.

Alberto Aza es portavoz de CECA



Esta semana se ha celebrado el Día de la Educación Financiera

España se sitúa a la cola europea en cultura financiera